

## NIEBLA DE LUZ

El sol traspuso las cumbres  
 coronadas de pinares.  
 Las sombras, rápidamente,  
 se adueñaron de los valles.  
 Pero, al través de los montes,  
 escarpados y arrogantes,  
 con la grandeza sombría  
 de sus fragosos paisajes;  
 por entre abruptas gargantas,  
 en la quietud de los aires,  
 brilla, cunde, luz difusa,  
 que se tiende, que se esparce,  
 cual reflejo de reflejos  
 de millones de brillantes;  
 velo de luz, que se enreda

por las rocas y en los árboles;  
 —última lumbre, dorada,  
 del esplendor de la tarde;—  
 niebla de claros destellos,  
 niebla con tonos de esmalte;  
 si con primores de bruma,  
 con sutileza de encaje.

Estoy en deuda contigo,  
 mujer del dulce semblante,  
 dama de los claros ojos,  
 señora del lindo talle,  
 princesa de los halagos  
 y emperatriz del donaire...  
 Te debo rico presente,  
 con que por mí te engalanes;  
 que te recuerde los tiempos  
 de dulzuras inefables  
 en que, por gracia del Hado,  
 para mí te engalanaste.

Iré mañana á las cumbres  
 cuando el sol, con regio alarde,  
 tras las nubes que le aguardan  
 para que en ellas descansa,  
 por los términos de Ocaso  
 más se oculte que se apague.

Pondréme como en acecho,  
 guardado por los pinares,  
 y al punto en que el sol tramonte,  
 cuando brille por el aire  
 la niebla de luz difusa,  
 —fina banda, velo grácil;—  
 la de los claros destellos,  
 la de los tonos de esmalte,  
 sabré robarla, si quieres,  
 un jirón de sus encajes,  
 para ponerlo á tus plantas;  
 con que mi deuda te pague.  
 Haz con él una mantilla,  
 toda de sol, si te place.  
 Pues las tintas del crepúsculo  
 pasan ya por tu semblante,  
 con los tonos de las vagas  
 vespertinas claridades,  
 bien á pesar de los años  
 nuevos hechizos prestándole,  
 ¿cuál más hermosa mantilla  
 para tu rostro adorable?  
 ¿cuál velo mejor que el velo  
 que quisiera regalarte?  
 ¡Un velo de luz, tejido  
 con claridad de la tarde!

## MONTE ARRIBA

*A Paco Torres.*

Corre, corre, yegua roja;  
 corre, corre, yegua mía;  
 yegua fuerte, por tu sangre;  
 yegua dócil, yegua fina.  
 Corre, corre, ¡cuanto puedas!  
 ¡más aprisa!, ¡más aprisa!

Lejos queden, por los pueblos,  
 torpes artes, falsas dichas;  
 lejos queden las del mundo  
 mentirosas perspectivas.  
 Nos aguardan las del campo,  
 que mis ojos solicitan;  
 las que amansan mis dolores,

las que curan mis fatigas;  
 las del campo silencioso  
 que los hombres no visitan,  
 que sus voces no perturban,  
 que sus huellas no mancillan.  
 ¡Vamos! ¡Pronto, yegua roja!  
 ¡Campo adentro! ¡Monte arribal!

Voz humana ya no escucho.  
 Ser humano ya no miras.  
 Canta el monte, solamente,  
 por el aire que lo agita,  
 con el canto de los pinos  
 que los pájaros envidian.  
 ¡Quién tuviera..., quién tuviera  
 los alientos de la brisa!  
 De los cantos de los pinos,  
 de sus églogas magníficas,  
 ¡quién copiara las hermosas,  
 incopiables armonías!

Y en el monte, ¿quién? A nadie  
 por el monte se divisa.  
 Cuán entero se nos rinde,  
 se nos abre, se nos brinda,  
 desde el pie de sus laderas  
 á la frente de sus cimas;

bajo el aire que lo aroma,  
 bajo el sol que lo ilumina.  
 ¡Cuál alegre! ¡Cuál perfumal!  
 ¡Cómo canta! ¡Cómo brilla!  
 ¡Qué belleza, la del campo!  
 ¡Qué hermosura, la del día!  
 ¡Corre, corre, yegua fuerte;  
 monte adentro, monte arribal!

Corre, corre, yegua roja.  
 No nos hallen, ¡no me sigan!  
 Mis perversos enemigos,  
 los verdugos de mi dicha,  
 queden lejos; en el mundo  
 que sus crímenes abriga.  
 No me alcancen sus rencores.  
 No les valgan sus perfidias.  
 ¡No me roben estas horas  
 de ilusión y de alegría!  
 ¡Corre, corre! ¡Cuanto puedas!  
 ¡Más aprisa! ¡¡Más aprisa!!

¡Bien me sirves! Ya parece  
 —yegua dócil, yegua mía,—  
 no que corres á mis gritos,  
 no que saltas, no que brincas;  
 sí que vuelas, porque vuela,

para ti, mi fantasía.  
 Ya los aires vas abriendo,  
 vas cortando; ya no pisas;  
 no te ofenden ya las rocas,  
 ni las jaras te lastiman...  
 Y á la cumbre ya me llevas;  
 ¡á la cumbre!, ¡cuán bravía!  
 ¡cuán á solas en los aires!  
 ¡cuán robusta!, ¡cuán altiva!

¡¡ Ya!! ¡La cumbre nos mantiene!  
 ¡Su poder se nos humilla!  
 Cruzan águilas el cielo,  
 bruñe el sol las rocas vivas,  
 y en los aires,—aires libres,  
 que, por libres, fortifican,—  
 á torrentes voy bebiendo  
 la salud y la alegría.  
 ¡Cuál placer el que me inunda!  
 ¡Qué emoción la que me agita!  
 ¡Qué dulcísimos anhelos  
 de bondad los que me animan!  
 ¡Ah! ¡Cuán lejos ya del mundo,  
 yegua fuerte, yegua mía!

Se dijera que en las cumbres  
 todo mal se purifica,

por virtud del aire puro  
 que en las cumbres se respira.  
 Voy sintiendo, por instantes,  
 nuevas ansias, otra vida;  
 que mi espíritu del mundo  
 miserable se desliga;  
 de las penas que pervierten,  
 de los odios que mancillan;  
 del rencor, soliviantado  
 por las artes de la envidia;  
 de las negras inquietudes,  
 de las tétricas fatigas,  
 y que, en tanto, se me imponen,  
 con sus dulces tiranías,  
 la bondad con que se adora  
 y el perdón con que se olvida.

Siento el alma, de improviso,  
 cuán dichosa: pura y limpia;  
 con la cándida pureza  
 de los aires de las cimas.  
 Ya no curo de maldades,  
 de rencores, de perfidias;  
 ni de viles enemigos,  
 ni de sombras enemigas.  
 Ya no curo de traiciones...  
 ¡ni me duelen sus heridas!

Miro al mundo, condolido  
de los hombres que lo habitan,  
vanamente persiguiendo  
los fantasmas de la dicha;  
miro al hombre, con la carga  
de sus penas infinitas,  
y un amor—¡amor inmenso,  
que, cual luz, abrasaría!—  
¡noble amor!, hacia los hombres  
que la suerte martiriza;  
—siempre solos, siempre tristes,  
siempre parias, siempre víctimas,—  
nace en mí, de mí se adueña,  
¡como el fuego de la pira!  
brota en mí como una llama,  
toda luces, toda chispas;  
¡llama grande, llama fuerte,  
llama pura, llama viva!

¡Cuál placer el que me alienta!  
¡Qué emoción la que me agita!  
¡Qué dulcísimos anhelos  
de bondad los que me animan!  
¡Quién hiciera que á mis plantas,  
en las rocas de las cimas,  
se alumbrasen, de improviso,  
como fuentes cristalinas,

manantiales portentosos  
que vertieran, á porfía,  
sobre el mundo que padece,  
para el hombre que suspira,  
frescas aguas, como dones;  
¡tantas ondas como dichas!  
¡Quién me diera, por prodigio  
de la suerte compasiva,  
que mi ser, en un instante,  
convirtiera su energía  
toda en bienes, toda en goces,  
toda en cantos, toda en risas,  
por que al fin, como en corriente  
de las cumbres desprendida,  
repartiera por los valles  
el caudal de su alegría!

¡Dios del cielo, que me escuchas,  
Dios del cielo, que me inspiras:  
por el bien, que me ennoblece,  
de un amor que purifica;  
por el gozo de estas horas,  
en la altura de estas cimas,  
como nunca te bendigo;  
bajo el sol, que enciende el día;  
sobre el trono de la cumbre,  
prosternado, de rodillas!

Dios del cielo: dame siempre  
la pureza, luz que limpia;  
la piedad, que amor infunde;  
la bondad, que al bien incita.  
Por que el alma que me alienta  
para siempre se redima;  
con los altos sentimientos,  
con las vastas perspectivas.  
Por que el alma que me diste  
se mantenga noble y digna;  
siempre en alto, siempre pura;  
¡monte adentro! ¡monte arriba!

## VIDA Y MUERTE